

I Jornadas Internacionales de Investigación y Debate Político

(VII Jornadas de Investigación Histórico Social)

“Proletarios del mundo, uníos”

Buenos Aires, del 30/10 al 1/11 de 2008

EL HOMBRE NUEVO: LA TRANSFORMACION REVOLUCIONARIA DE LA PERSONALIDAD

Sergio Guilli

Pertenencia institucional: Colectivo Rompecabezas

Mail: sextatesis@hotmail.com

Mesa 33: El socialismo y el hombre nuevo

Coordinadores: Daniel De Santis y Claudio Molina Donoso

Introducción

Con la Sexta Tesis sobre Feuerbach, Marx descubre que la esencia del ser humano no es una abstracción inherente al individuo, sino que se halla en el conjunto de las relaciones sociales que lo determinan. Este es uno de los méritos a los que menor justicia se le hizo y solo por ello le valería el reconocimiento histórico. . En 1930 el psicólogo soviético Lev Vigotsky desarrolla toda su teoría psicológica basándose en la teoría marxista. En este sentido planteaba que “la construcción psicológica completa de los individuos depende directamente del desarrollo de la tecnología -el grado de desarrollo de las fuerzas productivas- y de la estructura del grupo social al que el individuo pertenece.” (Vigotski 1998)

Marx sin embargo no se queda en la postulación general, en diversos párrafos plantea un modelo en el cual la conciencia humana se desarrolla en relación dialéctica con el conjunto de las relaciones sociales, definiendo como norte de su devenir la libre individualidad del ser humano.

Si bien la economía es, hasta hoy, la ciencia piloto del marxismo, los trazos que hace Marx en sus textos de una teoría de la subjetividad no han sido hasta hoy debidamente explorados. Nos preguntamos ¿Qué características tiene esta “libre individualidad” a la que hacía referencia Marx?

En este trabajo nos proponemos profundizar en el concepto de hombre nuevo en tanto categoría que describe un nuevo sistema de personalidad, producto de la evolución de la cultura humana. Nos encaminamos así por la vía de la investigación que el Che había vislumbrado cuando afirmaba *“El hombre del siglo XXI es el que debemos crear, aunque todavía es una aspiración subjetiva y no sistematizada. Precisamente este es uno de los puntos fundamentales de nuestro estudio y de nuestro trabajo y en la medida en que logremos éxitos concretos sobre una base teórica o, viceversa, extraigamos conclusiones teóricas de carácter amplio sobre la base de nuestra investigación concreta, habremos hecho un aporte valioso al marxismo – leninismo, a la causa de la humanidad.”* (Guevara 1965)

Fuentes de motivación de la actividad humana

Cuando nace la Unión Soviética, Lenin debía poner atención a la reconstrucción del aparato productivo, destruido por la guerra de intervención. En ese momento, la polémica acerca de la diferenciación entre motivación moral y motivación material no era más que una traba para lo que había que resolver: el hambre generalizada. En ese momento Lenin dice que la dificultad estaba en despertar el interés material.

En los debates de los años ‘63 y ‘64, el Che retoma el debate: si en el socialismo se utilizaban las melladas armas del interés material, propias del capitalismo, se entraba en camino que terminaba en la reversión a este último sistema. Debatía con el mecanicismo economicista soviético que olvidaba el tema de la subjetividad y que centraba en el avance productivo la invencibilidad del socialismo. El problema acerca de las fuentes de motivación de la actividad en el socialismo pasa a primer plano cuando existen las condiciones prácticas necesarias, aparece un nuevo horizonte teórico, la investigación del psiquismo humano y su transformación en el proceso revolucionario.

El ego y el yo: dos estructuras básicas de la personalidad

Los psicólogos soviéticos, basándose en el marxismo, pusieron énfasis en que la personalidad se construye en la práctica social y se estructura en base a las motivaciones

centrales del individuo. Ahora bien, las múltiples motivaciones de la actividad humana pueden ser, llevadas a su máximo grado de abstracción, clasificadas en dos grandes grupos: de un lado, las originadas en el interés personal, egoísta; del otro, las morales, que se fundamentan en el amor en general y del amor revolucionario como su expresión más acabada.

Denominaremos a estos dos tipos básicos de estructuración de la personalidad, respectivamente *ego* y *yó*. El concepto de *ego* designa una forma básica de organización de la personalidad, cuya característica fundamental es la de estar regida por el interés personal. El interés egoísta aparece en un momento histórico de la humanidad, en el cual el origen de la división del trabajo promueve la evolución del lenguaje, la conciencia y la autoconciencia. Este interés personal no se circunscribe necesariamente al individuo. Ludwig Feuerbach, en un párrafo destacado por Lenin, aclaraba que también existe “egoísmo social, familiar, de corporación, de comunidad y patriótico.” (Cit. en Lenin 1986) Son expresiones del ego actitudes tales como la codicia, el machismo, la fanfarronería, el vedettismo, la soberbia. El reinado del ego en el mundo comienza a declinar con el derrocamiento de la burguesía y la llegada del pueblo al poder. El *yó* es una categoría con la que aludimos a un sistema superior de regulación de la actividad humana, cuyo rasgo esencial es la capacidad para motivarse por amor en general y por el amor revolucionario como su expresión más acabada. El Che destacaba en *El socialismo y el hombre en Cuba* esta característica como esencial a la actitud revolucionaria: “Déjeme decirle, a riesgo de parecer ridículo, que el revolucionario verdadero está guiado por grandes sentimientos de amor. Es imposible pensar en un revolucionario auténtico sin esta cualidad.” (Guevara 1965) Este amor está dialécticamente vinculado con el odio de clase. Claro está que no todas las personalidades nobles adhieren a la causa revolucionaria, el *yó* es la estructura básica de toda persona capaz de sentir el dolor de quien sufre y de tener actitudes activas sobre esta base (desde la solidaridad hasta la acción revolucionaria). Esta percepción permite una conciencia del otro como un sujeto con el cual compartir solidariamente, no como un objeto con el que competir. En esta percepción profunda del otro es esencial el vínculo afectivo. Hegel planteaba que “La verdadera esencia del amor consiste en renunciar a la conciencia de sí mismo, es olvidarse de uno en el otro y, no obstante, en esa desaparición y ese olvido encontrarse a sí mismo y ser dueño de sí por primera vez”. Como en el otro es donde podemos vernos como espejo y esta capacidad de olvidarse de uno en el otro es característica del *yó*, es en la entrega donde podemos

adquirir la autoconciencia, el contacto con nuestros sentimientos en su forma más pura, más desalienada. Por el contrario, desde el *ego* toda comunicación con el exterior está filtrada por el *criterio de conveniencia*, basado en la incapacidad para confiar y en la tendencia a tomar los sentimientos como propiedad privada.

El sistema de personalidad denominado hombre nuevo está conformado por actitudes revolucionarias de manera coherente. Sin embargo, la actitud revolucionaria se puede encontrar entrelazada en las más variadas conformaciones de personalidad.

El *yo* comienza a desarrollarse a escala masiva en la última etapa de la sociedad dividida en clases y alcanzará su pleno desarrollo en la comunista. Su pleno despliegue es condición de la extinción del estado socialista y la consecuente autorregulación de la humanidad al margen de cualquier estado. Para comprender cómo se expresan estas estructuras en el estado actual imaginemos la personalidad como una trama de actitudes. Este entramado tiene por lo general aspectos contradictorios, zonas donde aparece predominantemente una orientación yoica y zonas ganadas por el ego. Esta red es tan personal como lo son las huellas digitales, no obstante, así como éstas pueden clasificarse por sus formas básicas, la personalidad puede distinguirse por la fuente motivacional principal de su actividad. Esta diferenciación marca a fuego la dinámica de todo el sistema. Estas estructuras básicas son al conjunto de la personalidad lo que es el esqueleto al cuerpo: lo que le da sostén, forma y consistencia.

En la etapa actual el ego puede expresarse en forma pura, por ejemplo, en el caso de las psicopatías graves*. En cambio, el hombre nuevo, se presenta con gran pureza en casos puntuales, como en la personalidad del Che. La personalidad concreta de los desposeídos suele tener rasgos de uno y otro principio regulador, aunque las condiciones de vida del trabajador no son tan propicias para el desarrollo del ego como lo son, al extremo del asco, en la vida del burgués. Por su lado los burgueses constituyen un tipo de personalidad fundamentalmente egoico, con aspectos yoicos rudimentarios. En el proceso de transformación del hombre de las sociedades clasistas al hombre nuevo, el ego representa lo viejo y el yo lo nuevo, el desarrollo de un aspecto implica necesariamente el declive del otro: cada acto en un sentido aleja a la

* Los *psicópatas* carecen de empatía. Suelen ser insensibles, cínicos y tendientes a menospreciar los sentimientos, derechos y personalidades de los demás. Engreídos y arrogantes, se complacen con el dominio sobre los demás.

personalidad del otro. La personalidad egoísta es la expresión concreta de una estructura básica egoica, la personalidad del hombre nuevo es expresión de la estructura yoica.

A diferencia del ego, en el yo se verifica una superior capacidad emocional, es decir, habilidad para captar el dolor ajeno y transformarlo en acción. Esta acción puede ser caritativa o revolucionaria, en este último caso estaremos ante una personalidad que en el plano cognitivo ha llegado a ver la raíz de las injusticias humanas en las contradicciones sociales, visión que brinda en su forma más profunda la teoría marxista. Capacidad emocional, conciencia social (que implica dialécticamente un grado superior de la autoconciencia), visión desalienada son los elementos conforman la base yoica de la personalidad del hombre nuevo. Se genera un nuevo mecanismo de regulación de la actividad humana basada en la dignidad.

¿Qué es la Inteligencia Emocional?

En el libro “La Inteligencia Emocional”, el investigador norteamericano Daniel Goleman define que este concepto surge como una necesidad de explicar más profundamente la capacidad de las personas para obtener logros de lo que hasta ahora permitía hacerlo los tests de Coeficiente Intelectual.

Ya Aristóteles, en su Etica a Nicómaco decía “Cualquiera puede ponerse furioso, eso es fácil. Pero estar furioso con la persona correcta, en el momento correcto, por el motivo correcto y de la forma correcta... eso no es fácil.”

El autor plantea que nuestra vida mental está constituida por dos formas fundamentales de conocimiento. “Una, la mente racional, es la forma de comprensión de la que somos típicamente concientes: más destacada en cuanto a la conciencia, reflexiva, capaz de analizar y meditar. Pero junto a este existe otro sistema de conocimiento, impulsivo y poderoso, aunque a veces ilógico*: la mente emocional.” (Goleman 1996)

El autor incorpora dentro del concepto de inteligencia emocional dos tipos de capacidades profundamente interconectadas, la inteligencia interpersonal y la intrapersonal, las cuales son definidas por Howard Gardner, investigador de la Univesidad de Harvard, en los siguientes términos: “La inteligencia interpersonal es la

* Preferiríamos decir que la lógica de los sentimientos no es evidente a primera vista.

Consideramos que aquella frase de Blas Pascal que decía que *el corazón tiene razones que la razón no entiende* explica la realidad de una etapa histórica de la humanidad.

capacidad para comprender a los demás: qué los motiva, cómo operan, cómo trabajar cooperativamente con ellos(...). La inteligencia intrapersonal(...) es una capacidad correlativa, vuelta hacia el interior. Es la capacidad de formar un modelo preciso y realista de uno mismo y ser capaz de usar ese modelo para operar eficazmente en la vida.” (Goleman 1996)

Peter Salovey, investigador del Departamento de Psicología de la Universidad de Yale, especifica cinco esferas principales que componen la inteligencia emocional:

1. *Conocer las propias emociones*. Es la base de la inteligencia emocional.
2. *Manejar las emociones*. Derivada de la capacidad anterior. Las personas que carecen de esta capacidad luchan constantemente contra sentimientos de aflicción, mientras aquellas que la tienen desarrollada pueden recuperarse con mucha mayor rapidez de los reveses y trastornos de la vida.
3. *Automotivación*. Ordenar las emociones al servicio de un objetivo es esencial para prestar atención, para la automotivación y el dominio y para la creatividad. El autodomínio emocional – postergar la gratificación y contener la impulsividad- sirve de base a toda clase de logros.
4. *Reconocer las emociones en los demás*. La empatía, otra capacidad que se basa en la autoconciencia emocional, es la “habilidad” fundamental de las personas. La empatía es la raíz del comportamiento altruista. Tener un buen oído emocional hace que las personas sean mucho más adaptadas a las sutiles señales sociales que indican lo que otros necesitan o quieren.
5. *Manejar las relaciones*. Es la capacidad de manejar las emociones de los demás. Esta es una cualidad fundamental para el trabajo cooperativo y para el liderazgo. (Goleman 1996)

Estas definiciones son lo suficientemente amplias como para abarcar desde las cualidades de un líder de la talla de Fidel hasta a un hábil empresario manipulador de explotados. Sin embargo esta visión entra en autocontradicción cuando se analiza la vinculación entre empatía y comportamiento altruista. Al respecto el autor señala: “Una de las más famosas frases de la literatura inglesa dice: *No preguntes por quién doblan las campanas; están doblando por ti*. El sentimiento de John Donne expresa el núcleo del vínculo que existe entre empatía y preocupación: el dolor del otro en carne propia. Sentir lo mismo que el otro es preocuparse. En este sentido, lo opuesto de *empatía* es

antipatía. La actitud empática interviene una y otra vez en los juicios morales, porque los dilemas morales implican víctimas en potencia (...) diversos estudios llevados a cabo en Alemania y Estados Unidos demostraron que cuanto más empática es la persona más favorece el principio moral de que los recursos deberían repartirse según las necesidades de cada uno.” (Goleman 1996)

Es evidente que un miembro de la clase explotadora debe necesariamente poner un límite a su capacidad de empatía. ¿Puede un burgués dejarse llevar por un impulso compasivo ante el dolor de los trabajadores a los que explota? El caso de un vendedor ya nos muestra la necesidad de poner límite férreo a la empatía: este puede comprender a su cliente, sus gustos, sus debilidades, sus sueños. Pero si lo hace es con el claro fin de sacarle el mayor provecho posible, o sea, que su actividad estará guiada por su ego.

Es necesario entonces, observar que la posición de clase es definitoria para trabar el desarrollo de la empatía. Por esta vía, el tema debe ser arrancado del cómodo pero estrecho gabinete de investigación psicológica para ser colocado en el más amplio horizonte del análisis del proceso revolucionario mundial.

Ahora bien, podría pensarse en un exceso de optimismo que basta con desarrollar “pacíficos” programas para promover la capacidad de empatía en los individuos para que desaparezca el lobo que existe dentro de cada hombre y hacer realidad la transformación de la humanidad en una fraternidad universal.

El problema, cuando no se lo aísla metafísicamente, radica en que el eje para el cambio actitudinal no está fundamentalmente en el interior del psiquismo sino en el cambio revolucionario de las relaciones sociales capitalistas, reproductoras del individualismo, o sea, del analfabetismo emocional. Una receta del FMI destruyen más personalidades de las que se pueden “remendar” con miles programas psicoeducativos.

Inteligencia emocional y Capacidad emocional

Vimos que el concepto de inteligencia emocional como es definido por Goleman, es aún sumamente empírico y descriptivo. Habiendo focalizado nuestra atención en la conexión entre la idea de inteligencia emocional y las características del hombre nuevo llegamos a comprender la exacta dimensión que alcanza el concepto cuando es puesto en su adecuado nivel en las expresiones del Che. Tomando conciencia de la significación revolucionaria y clasista de la inteligencia emocional, podemos definir más claramente hasta que punto los investigadores norteamericanos no comprenden la

profundidad de aquello a lo que se están refiriendo. Esta dificultad en diferenciar entre el yo y el ego afecta fatalmente al concepto de “inteligencia emocional” presentado por Goleman. Si un vendedor hábil, al igual que un revolucionario verdadero son portadores de una serie de características definitorias de la inteligencia emocional, el no haber visto las diferencias cualitativas que existen entre uno y otro equivale a quedarse en la forma y olvidar el contenido, el alma del concepto. Por eso mismo en adelante reservaremos el concepto de “inteligencia emocional” para definir la habilidad que puede adquirir una personalidad regida por el ego para conocer y manipular los sentimientos de otras personas en su propio beneficio.

¿Qué concepto alternativo puede hacer alusión a esta característica de la personalidad cuando es llevada a su expresión más verdadera, es decir, cuando está ligada a la exigencia de coherencia, de consecuencia en la totalidad de la actitud, de abnegación y de fidelidad a los valores?

Consideramos que ese lugar puede ser ocupado por la noción de *capacidad emocional* que expresara el mismísimo Comandante en un pasaje de “El partido marxista – leninista”, donde plantea que “nuestra *capacidad emocional* frente a los desmanes de los agresores y los sufrimientos de los pueblos, no puede estar limitada al marco de América y los países socialistas juntos; debemos practicar el verdadero internacionalismo proletario, recibir como afrenta propia toda agresión, toda afrenta, todo acto que vaya contra la dignidad del hombre, contra su felicidad en cualquier lugar del mundo.” (Guevara 1963)

La capacidad emocional a la que se refería el Che, es la capacidad para sentir el dolor de los explotados (empatía) y transformarlo en energía para la acción por sobre todas las dificultades. Esta capacidad se verifica en las actitudes nobles del individuo. Esta capacidad tiene los rasgos definitorios de la inteligencia emocional, pero se diferencia de aquella por ser expresión de una estructura yoica de personalidad.

Desarrollo histórico del ego

En su libro *Marxismo y teoría de la personalidad*, el teórico francés Lucien Sève recorrió a finales de los 60’ una serie de referencias ineludibles en las que Marx sienta las bases para este análisis del desarrollo histórico de la personalidad:

“Desde *La ideología alemana* hasta *El capital* (...) Marx vuelve de manera constante (al problema de la transformación histórica de las estructuras de la personalidad humana desde) la comunidad primitiva, el modo de producción asiático, las sociedades esclavistas, el mundo feudal, sembrando aquí y allá enfoques anticipatorios de la futura sociedad socialista y comunista.” (Sève 1973) La primera gran transformación que Marx destaca es *el propio proceso histórico de surgimiento de la individualidad*. Según define Marx en sus *Fundamentos de la crítica de la economía política (Grundrisse)* en este devenir, el ser humano:

“Aparece originariamente como un *miembro de la especie, un ser tribal, un animal gregario*, de ningún modo como un *animal político*. El intercambio es uno de los agentes esenciales de esta individualización. Vuelve superfluo el carácter gregario y lo disuelve. Una vez que la situación cobra este giro, el individuo ya no se relaciona más que consigo mismo y los medios para ponerse a sí mismo como individuo aislado se convierten en su volverse ser general y comunal” (Cit. en Sève 1973) Esto se debe a que “Cuanto más lejos nos remontamos en la historia, tanto más aparece el individuo –y por consiguiente el individuo productor- como dependiente y formando parte de un todo más grande: ese estado se manifiesta en primer lugar, en forma completamente natural, en la familia y en la familia ampliada, hasta formar la tribu; luego, en las diferentes formas de comunidad surgidas de la oposición y la fusión de las tribus. Solo en el siglo XVIII, en la ‘sociedad burguesa’, las distintas formas del conjunto social se presentan al individuo como un simple medio de realizar sus objetivos particulares, como una necesidad exterior. Pero la época que engendra ese punto de vista, el del individuo aislado, es precisamente aquella en que las relaciones sociales (que desde ese punto de vista adquieren un carácter general) alcanzan el máximo desarrollo que hayan conocido. En el sentido más literal, el hombre es un *zoon politicon* y no solo un animal social, sino un animal que solo puede aislarse en la sociedad” (Marx 1975)

En los estadios más primitivos de la humanidad, con la aparición de los primeros destellos de conciencia, no existía la autoconciencia y por lo tanto, el egoísmo tal como hoy lo conocemos, existía un *individualismo zoológico*. Según Lenin, este individualismo “fue frenado no por la idea de dios, sino por la horda y la comuna primitivas.” (Cit. en Spirkin 1965) Las condiciones materiales de vida eran las que iban modelando la forma de vida de la especie: sin sobreponerse al individualismo zoológico hubiera sido imposible el trabajo en conjunto, ni la distribución de productos y por consiguiente, la existencia misma de la horda humana. Esta tesis sobre la diferencia

entre el individualismo primigenio y el egoísmo posterior es tomada por los últimos estudios sobre la conciencia (Ver “La Conciencia Explicada” Daniel Dennet. –Ed. Paidós 1995- Pág. 188)

Marx no se queda en la investigación retrospectiva, sino que su norte es la proyección hacia el futuro. En los Grundrisse define: “Las relaciones de dependencia personal (al principio por completo naturales) son las primeras formas sociales en que la productividad humana se desarrolla lentamente, y ante todo en puntos aislados. La independencia personal, fundada en la dependencia respecto de las *cosas*, es la segunda gran etapa, en cuyo transcurso se constituye por primera vez un sistema general de metabolismo social, relaciones universales, necesidades diversificadas y capacidades universales. La tercera etapa corresponde a la libre individualidad basada en el desarrollo universal de los hombres y en el dominio de su productividad social y colectiva, así como de sus capacidades sociales. La segunda crea las condiciones para la tercera.” (Cit. en Sève 1973)

Lucien Sève destaca un rasgo aún no suficientemente desarrollado de la teoría marxista y que se ve esbozado en estos párrafos: la posibilidad de servir de base a una futura *paleontología psicológica*. En efecto, en estos párrafos Marx destaca como base de la individuación la complejización de las fuerzas del intercambio, lo cual permite que el individuo se recorte de la antigua gens o tribu. Esta es la primera condición fundamental para el desarrollo del egoísmo, el desarrollo de la autoconciencia como forma de regulación de la actividad humana superior a la conciencia gentilicia.

El ego se desarrolla como producto de este paso de la conciencia gregaria a la autoconciencia. Este paso significó un avance en la medida en que permitió el desarrollo más pleno de la conciencia y una regulación más profunda de la personalidad. Cuando destacamos el avance que significó en su momento no debemos olvidar que el ego, en la actualidad, con su característica “dependencia de las cosas”, se transforma en una traba para “el desarrollo universal de los hombres”, es decir, para el pleno desarrollo de su conciencia social y su capacidad afectiva.

La división de la sociedad en clases coloca de un lado a quienes quedan reducidos casi a la animalidad, los esclavos, los siervos, y del otro a los señores, cuyo ego se incrementa con sus posesiones: “La tierra – dice Marx describiendo la propiedad feudal- se identifica con su amo, posee la categoría de este, es baronía o condado con él, tiene los privilegios de él, su jurisdicción, sus relaciones políticas, etc. Aparece como el cuerpo

no-orgánico de su amo.” (Marx 1968) O sea, la extensión de la tierra fija la extensión del ego del amo.

La evolución del ego verifica un salto cualitativo con el paso del feudalismo al capitalismo. Marx, en el segundo de sus Manuscritos se refiere a una especie de *selección natural de actitudes* que se da en el marco del sistema capitalista:

“Del curso *real* del proceso de desarrollo (...) se deduce el triunfo necesario del *capitalismo*, es decir, de la propiedad privada ilustrada sobre la no ilustrada, bastarda, sobre el *terrateniente*, de la misma forma que, en general, ha de vencer el movimiento a la inmovilidad, la vileza abierta y consciente de sí misma a la escondida e inconsciente, la *codicia* a la *avidez de placeres*, el egoísmo declarado, incansable y experimentado de la *ilustración*, al egoísmo local, simple, perezoso y fantástico de la *superstición*; como el dinero ha de vencer a todas las otras formas de la propiedad privada.” (Marx 1968)

En efecto, en relación al ego de la nobleza medieval, el ego del capitalismo implica un tipo superior de regulación de actitudes. El carácter progresista de este cambio es destacado desde el Manifiesto, donde se plantea que: “Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus ‘superiores naturales’ las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel ‘pago al contado’. Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio (...) en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal” (Marx 1955).

Estas formas sumamente depuradas surgen como resultado del desarrollo de la producción mercantil con dominio del dinero como forma de expresión del mayor grado de abstracción del valor: “El dinero no es solamente *un* objeto de la pasión de enriquecerse, es *el* objeto mismo. Esta pasión es, esencialmente, *auri sacra fames* (la maldita sed de oro). La pasión por enriquecerse, al contrario de la pasión por riquezas naturales particulares o por los valores de uso como los vestidos, alhajas, ganado, etc., solo es posible a partir del momento en que la riqueza general, como tal, se ha individualizado en una cosa particular y puede ser así retenida en forma de mercancía aislada. El dinero aparece pues como fuente y objeto de la pasión por enriquecerse. En verdad es el valor de cambio y, por lo tanto, su acrecentamiento lo que pasa a constituirse un fin en sí. La avaricia mantiene prisionero al tesoro e impide que el dinero

se convierta en medio de circulación, pero la sed de oro conserva el alma del dinero del tesoro, la constante atracción que sobre él ejerce la circulación.” (Marx 1975)

En este párrafo vemos claramente cómo es que las fuerzas motrices de este desarrollo no se hallan en la profundidad del individuo aislado, sino en el conjunto de las relaciones sociales. La sed de riquezas actual es producto del desarrollo del modo capitalista de producción, el cual implica la universalización y abstracción del valor de cambio de las mercancías a su grado supremo: la forma dinero. Enfatizando a este punto, Marx puntualizaba:

“Una palabra más, a fin de evitar posibles malentendidos. No he pintado al capitalista y al terrateniente con rosados colores. Pero aquí solo se trata de *personas* en la medida en que ellas sean *personificación de categorías económicas, representantes de intereses y relaciones de clases determinadas*. Menos que cualquier otro puede mi punto de vista según el cual el desarrollo de la formación económica de la sociedad es asimilable a un proceso histórico – natural, hacer responsable al individuo de relaciones cuya criatura sigue siendo socialmente, aunque subjetivamente se considere muy por encima de ellas”. (Marx 1956)

El programa del desarrollo del individuo que representaba el ascenso de la burguesía, demostró no ser más que una ilusión. Los materialistas franceses, con Holbach como principal exponente afirmaban que la verdadera fuerza propulsora de las actuaciones humanas es el egoísmo o interés personal, esto es, la apetencia de placer y la aversión al dolor.” Acerca de la determinación histórica de esta visión, Marx planteaba que “ la teoría que sustenta Holbach es la ilusión filosófica, históricamente justificada, sobre el papel de la burguesía, cuyo advenimiento en Francia representa precisamente, y cuya voluntad de explotación podía ser interpretada todavía como una voluntad de ver desarrollarse por completo a los individuos en intercambios desembarazados de las viejas trabas feudales.” (Marx 1939) Frente al sojuzgamiento universal bajo el ego omnímodo de los reyes, sus caballeros y sus jerarquías eclesiásticas, la libertad del ego traería para todos la “igualdad”, la “fraternidad” y la verdadera “libertad”. En la práctica significó el desarrollo de una nueva clase de egos omnímodos: el de los burgueses. Fue necesario el pleno desarrollo del ego para que sus inhumanas consecuencias se hicieran evidentes a todas luces. Previo a su caída, la estrella del ego brilla de la manera más fulgurante en el cielo de la humanidad.

El hombre nuevo: sistema superior de procesamiento de la información

Marx y Engels explicaron una serie de fenómenos de conciencia que genera la propiedad privada: la ilusión ideológica del pensamiento conduciendo al devenir social al margen de las condiciones materiales de existencia, el fetichismo de la mercancía, las ilusiones “robinsonianas” del individuo como potencia recortada de la sociedad. La sociedad capitalista genera una constante alienación de la fuerza de los trabajadores que se transforma en riqueza ajena que los somete. Sobre este sustrato material florece una subjetividad alienada: el trabajo como una imposición ajena al trabajador sin más sentido personal que el de su salario, el “choque entre los individuos indiferentes entre sí” (*Grundrisse*).

En estos fenómenos, derivaciones espirituales de una base material rasgada por contradicciones de clase, patentizan de qué forma concreta un modo de producción implica un condicionamiento a un despliegue más pleno de la conciencia.

Hoy podemos agregar el análisis de la estructura psicológica que se genera en las sociedades divididas en clases, a la que denominamos ego. El ego es producto de una base social alienante, es un estadio de analfabetismo emocional generalizado, un estado del psiquismo humano que condena a la soledad, a la ausencia de identidad, al aprisionamiento de los más profundos sentimientos como una propiedad privada. La eliminación de la propiedad privada sobre los medios de producción es el primer gran paso para la extinción del ego. Si aportáramos un nuevo proceso que permita al pueblo niveles superiores de educación y participación política acompañada de una masiva alfabetización emocional, estará germinando una personalidad de nuevo tipo. Libre de distorsiones propias de la alienación capitalista, libre de la opresión egoica, habiendo incrementado su capacidad de empatía, sin la tiranía del criterio de conveniencia, estaremos ante una subjetividad capaz de asumir concientemente su esencia social. Con esto, crece la capacidad de empatía, o sea la capacidad de decodificar en breve tiempo las señales necesarias para comprender el sentimiento del otro. Llegado a este punto es donde reconectamos con la teoría informacional: eliminación del ruido egoico y surgimiento del hombre nuevo es uno más de los procesos de incremento en la capacidad de procesamiento de la información que se da en la evolución de los sistemas dinámicos complejos adaptativos. Esta instancia superior de procesamiento de la información denominada hombre nuevo a escala global es un punto de llegada de un proceso, el tránsito del capitalismo al comunismo. Ahora vamos a analizar este paso,

que de ninguna manera es individual, que no se puede llevar adelante en un spa hindú de Osho, sino que es colectivo y a través de la lucha de las organizaciones populares.

¿Hacia donde se encamina la personalidad humana?

A escala global, con avances y retrocesos, comienza a aparecer en la conciencia un nuevo estamento superior de control de la conducta: la *conciencia social*. Entendemos por tal el reconocimiento de sí mismo, tanto en el plano cognitivo como afectivo, como parte de la clase trabajadora. Esta conciencia social va de la mano de la actividad práctica revolucionaria y en el proceso de su adquisición va influyendo sobre toda la personalidad: la autoconciencia solo podrá desarrollarse plenamente sobre la base de la evolución de la nueva instancia reguladora, porque solo la plena percepción de la necesidad de los desposeídos permite la plena autopercepción como sujeto.

El Che, habiendo adquirido esta nueva conciencia, definía sus sensaciones subjetivas de la siguiente manera: “Nosotros socialistas, somos más libres porque somos más plenos, somos más plenos porque somos más libres”. Esa misma plenitud era la que el joven Marx destacaba en los Manuscritos del 44 al observar la calidez de las reuniones de los obreros socialistas franceses: “Fumar, beber, comer, etc. ya no son pretextos de reunión o medios de unión. La asamblea, la asociación y la conversación que, por su parte, que a su vez tienen la sociedad como fin, les bastan; en ellos la fraternidad no es una frase vacía, sino una verdad y *la nobleza de la humanidad brilla en esos rostros* (la cursiva es nuestra) endurecidos por el trabajo.” (Marx 1968). La conciencia social se verifica en la capacidad de sacrificio en la “magnífica y angustiosa” tarea de la construcción revolucionaria.

Solo derribando los muros que nos impone el capitalismo podremos tener la oportunidad de desarrollar en los pueblos del mundo la más profunda humanidad, la más clara sensibilidad. Desde esta nueva conciencia, la alienación deja paso a una cosmovisión más rica del hombre y la sociedad.

El rol de la conciencia en el socialismo

Un aspecto insuficientemente analizado es que, a diferencia de la sociedad capitalista, en el socialismo el devenir social se desarrolla de manera menos espontánea, es decir, más concientemente. Esta dialéctica ya había sido descrita por Lenin en el *Qué Hacer*: “El problema se plantea *solamente* así ideología burguesa o ideología socialista. No hay

término medio (pues la humanidad no ha elaborado ninguna ‘tercera ideología’; además, en general, en la sociedad desgarrada por las contradicciones de clase nunca puede existir una ideología al margen de las clases ni por encima de las clases). Por eso, todo lo que sea rebajar la ideología socialista, *todo lo que sea alejarse* de ella equivale a fortalecer a la ideología burguesa... el desarrollo más *espontáneo* del movimiento obrero marcha precisamente hacia su subordinación a la ideología burguesa.”(...) ¿Por qué el movimiento espontáneo, el movimiento por la línea de la menor resistencia, conduce precisamente a la supremacía de la ideología burguesa?

Por la sencilla razón de que la ideología burguesa es mucho más antigua por su origen que la ideología socialista, porque su elaboración es más completa; porque posee medios de difusión *incomparablemente más poderosos*.” (Lenin 1946)

El socialismo es la primera sociedad de la historia donde la fuerza de los valores morales comienza a desalojar de su trono sagrado a la ley del valor. Pero esto requiere mantener una nueva dinámica. Como una bicicleta que sube una cuesta, apenas se deja de pedalear, se empieza a volver a la ideología burguesa. Ya Epicteto, filósofo estoico, decía que “No es fácil integrar un principio a la vida de una persona, a menos que cada día esta lo cultive y afirme en su conducta”. Este principio se verificó no solo en el plano individual, sino también en el social, no solo la lucha contra la hegemonía burguesa, sino también en la construcción del socialismo. El Che era conciente de que la distribución de riquezas no era suficiente para sostener el nuevo sistema, al respecto advertía que “No puede existir socialismo si en las conciencias no se opera un cambio que provoque una actitud fraternal frente a la humanidad, tanto de índole individual, la sociedad en que se construye o está construido el socialismo como de índole mundial en relación a todos los pueblos que sufren la opresión imperialista.”

En el capitalismo, el principio de funcionamiento es relativamente más espontáneo: la ley del valor en el plano económico corresponde al egoísmo como sentido común de las más amplias capas de la población y a la codicia como motor de la producción social: el intercambio mercantil significa que el acceso a los bienes (aun los más necesarios) se logra teniendo dinero. Al caracterizar la "relativa espontaneidad" del capitalismo no implica que no se planifiquen metódicamente los engaños y la explotación al pueblo. Lo que da cierta ventaja adaptativa al capitalismo es que el egoísmo es como la mala hierba, crece sola (aunque encima haya quienes se dedican a cultivarla y diseminarla). Por el contrario, una sociedad regida por valores sólo puede regularse concientemente.

Regulación conciente implica un aporte constante de energía militante. Esta dinámica refleja un devenir que no es exclusivo del proceso de desarrollo de la nueva conciencia que representa el hombre nuevo, sino que es la que se da en todo proceso de incremento de la complejidad.

El hombre nuevo, teoría del caos y complejidad

En un cosmos que tiende al desorden, solo desafían a la segunda ley sistemas ciertos sistemas que presentan la extraña capacidad de autoorganizarse: son las estructuras biológicas, sociales y psicológicas que se desarrollan en nuestro planeta gracias al aporte constante de energía proveniente del sol. Esto es posible porque dichas estructuras no son aisladas, sino que se trata de *sistemas abiertos*, que son aquellos que intercambian con el medio materia y energía. Dentro de este tipo de sistemas, los que tienen capacidad de organizarse son las denominadas *estructuras disipativas*.

Prigogine explica este concepto definiendo que los sistemas abiertos pueden existir en tres regímenes:

- 1) *En equilibrio termodinámico*: no existen diferencias de temperatura y concentración, la entropía ha alcanzado su máximo, se ha alcanzado la uniformidad.
- 2) *Cercano al equilibrio*: Hay leves diferencias, un ligero desequilibrio, el sistema se mueve cerca del estado de máximo desorden, los cambios cuantitativos no llegan a traducirse en saltos cualitativos (o “transiciones de fase” según la denominación de los teóricos de la complejidad). El sistema se mueve *linealmente*, esto quiere decir que ligeros cambios producen escasas consecuencias y cambios mayores, consecuencias igualmente grandes. Es imposible la aparición de una nueva estructura u organización.
- 3) *Lejos del equilibrio*: El sistema recibe aportes de energía y materia que lo mantiene el condiciones lejanas al equilibrio termodinámico. “Es en estas condiciones cuando pueden aparecer espontáneamente nuevas estructuras y tipos de organización que se denominan ‘estructuras disipativas’” porque se establece “un nuevo orden molecular que corresponde básicamente a una fluctuación gigante, estabilizada por intercambios de energía con el mundo externo (...) Al contrario que las estructuras estables, las estructuras disipativas pueden tener un comportamiento coherente que implique la *cooperación de un gran número de unidades*.” (la cursiva es nuestra). En estos sistemas, el comportamiento es *no lineal*, esto quiere decir que, al contrario que en los procesos lineales, una mínima diferencia en el comienzo de una trayectoria puede traer enormes

cambios posteriores, a esto se lo denomina “sensibilidad a condiciones iniciales” (Prigogine 1993)

En este punto podemos hacer una traducción en términos de las teorías del caos y la complejidad: la personalidad es un sistema abierto que se alimenta de materia, energía e información. ¿Qué será condiciones cercanas y alejadas del equilibrio termodinámico? En esta dirección y en términos similares ya se había pronunciado hace tiempo Jorge Wagensberg físico catalán que, resaltó que aquello que denomina “Utopía” cumple un rol fundamental en la organización de la personalidad ya que: “Asegura una situación de no-equilibrio que es, como mínimo, parte de la esencia de todo sistema vivo. (...) La Utopía se refiere claramente a un sistema vivo (hombres o conjunto de hombres), y un sistema vivo es un sistema abierto en interacción con su entorno y su evolución es producto de los cambios en tales interacciones. Parece pues lícito intentar una aproximación a la Utopía desde las ciencias que se ocupan de tales fenómenos: la termodinámica del equilibrio y la teoría de la comunicación.” (Wagensberg 1998)

Ya tenemos algunas traducciones de los conceptos termodinámicos en lo social: los valores requieren sostenerse con un aporte constante de energía, por lo que el egoísmo, el sentido común en el que se basa el régimen burgués, representa el equilibrio termodinámico.

El pasado ha dejado señales que hoy podemos reinterpretar con un esquema nuevo, vital y de enorme potencial. Lenin, refiriéndose a los sábados comunistas (trabajo voluntario no retribuido que realizaban los trabajadores los días sábados) afirmaba: “Es el comienzo de una revolución más difícil, más tangible, más radical y más decisiva que el derrocamiento de la burguesía, pues es una victoria sobre nuestro propio espíritu conservador, sobre la indisciplina, sobre el egoísmo pequeñoburgués, una victoria sobre los hábitos que el maldito régimen capitalista dejó como herencia al obrero y al campesino. Sólo cuando esta victoria se consolide, se habrá creado la nueva disciplina, la disciplina socialista; entonces y sólo entonces será imposible retroceder hacia el capitalismo, y el comunismo será realmente invencible.” (Lenin 1969a)

Aquí nos habla de un *punto crítico* de encarnación de los principios a nivel masivo a partir del cual el proceso comienza a ser regido por una dinámica superior, que es la traducción social de las condiciones lejanas al equilibrio termodinámico a partir de las cuales se verifica una dinámica autoorganizativa. Hasta no llegar a ese punto, el proceso puede *recaer* en la entropía, en el equilibrio termodinámico, en el egoísmo.

Otro párrafo de Lenin, en *Las tareas inmediatas del poder soviético* de abril de 1918, amplía su observación acerca de esta dialéctica (capitalismo espontáneo – socialismo – encarnación conciente de valores – punto crítico de desarrollo – nueva dinámica): “...la principal fuerza organizadora de la sociedad capitalista, construida de una manera *anárquica*, la constituye el *mercado* nacional e internacional, que crece y se extiende *espontáneamente*; en la revolución *socialista* comenzada por nosotros en Rusia, el 25 de octubre de 1917, es el trabajo positivo o constructor de formar un sistema complejo y delicado de nuevas relaciones de organización que abarquen la producción y distribución *planificada* de los productos necesarios para la existencia de decenas de millones de seres. Una revolución de esta naturaleza sólo puede realizarse con éxito si la mayoría de los trabajadores participan en la tarea independiente creadora de la historia. La victoria de la revolución socialista quedará asegurada *únicamente* si el proletariado y los campesinos pobres desarrollan *suficiente conciencia de clase, devoción por los principios, abnegación, perseverancia.*” (La cursiva es nuestra). (Lenin 1969b)

Este cambio de conciencia obedece a una dinámica que debe ser estudiada a nivel social, psicosocial e individual (psicológico). El análisis del cambio social de la conciencia nos lleva a profundizar sobre la dinámica psicológica individual que se halla implícita, para luego volver al tema del proceso revolucionario como un caso particular de la evolución de los sistemas dinámicos complejos.

El cambio de la estructura motivacional que definimos como paso del ego al yo a nivel masivo es crucial para comprender la posición del Che sobre el valor de los estímulos morales. Ego y yo son los dos grandes atractores de las motivaciones humanas. El paso del “vórtice” ego al “vórtice” yo a escala global tiene sus tiempos. Existe un *techo histórico*, o sea, un conjunto de condiciones materiales y espirituales que mantienen una enorme inercia sobre las actitudes de todo el pueblo. Dicho *techo*, no puede ser salvado por la mera voluntad, sino con la lucha tenaz de la vanguardia, a través de generaciones, contra las debilidades propias y las del pueblo. El fracaso de la revolución cultural impulsada con la conducción de Mao es una experiencia que debió pasar el proletariado para comprender esta realidad. Ni la actividad militante ni el aprendizaje teórico de un grupo termina con la transformación. Tampoco los necesarios logros en la producción, salud y educación. Sólo el cambio profundo de la personalidad de todos los individuos que componen la nueva sociedad. El proceso de crecimiento de la dignidad humana requerirá de un trabajo inmenso que excede la voluntad de tal o cual individuo o grupo y que no puede darse por finalizado hasta que la humanidad no haya matado al lobo que –

hoy por hoy– se agazapa en cada ser humano. El concepto de *techo histórico* es una *propiedad emergente* del sistema social que continúa operando más allá del cambio de relaciones de producción y más allá de nuestra buena voluntad. Es decir, no puede ser entendida estudiando las conciencias individuales de los sujetos que componen una sociedad.

Dos interpretaciones se oponen a la que acabamos de ofrecer. De un lado los que consideran que el egoísmo es condición natural, esencial e inamovible del ser humano; del otro, quienes afirman que el socialismo cayó simplemente porque fue copado por una camarilla pequeñoburguesa y que los pueblos siempre van “para adelante”. Una y otra interpretación tienen en común el mismo punto ciego: pierden de vista el progreso sociohistóricamente determinado de la personalidad humana, de la dignidad, que por un lado es el fundamento del avance revolucionario, pero a su vez le marca un techo histórico. Los primeros caen en naturalizar el egoísmo, los segundos en no comprender la profunda complejidad que implica la transformación social de la personalidad.

Recapitulemos. Vimos que el capitalismo se mueve impulsado por la espontaneidad del mercado y por el egoísmo; lo que denominamos condiciones cercanas al equilibrio entrópico. El socialismo requiere de una labor conciente planificada, del constante aporte de actitudes basadas en valores revolucionarios, del conocimiento de la esencia social del individuo. Con la revolución, la humanidad se empieza a alejar del equilibrio entrópico y comienza a generar un nuevo orden, superior, neguentrópico. El punto de llegada es el hombre nuevo, sistema que vamos a analizar como un procesador superior de la información.

Bibliografía

- Guevara, E. El socialismo y el hombre en Cuba (misiva recibida por el semanario Marcha de Uruguay en marzo de 1965)
Sobre el sistema presupuestario de financiamiento. (Escrito en febrero de 1964)
El partido marxista leninista (prólogo) Edición Nacional del Partido Unido de la Revolución Socialista, La Habana (1963)
- Goleman, D. (1996) La Inteligencia Emocional. Javier Vergara Editor. Buenos Aires
- Lenin, V. (1986b) “Lecciones sobre la esencia de la religión” Cuadernos Filosóficos. Ed. Progreso. Moscú. Tomo XIX.

- (1946) ¿Qué hacer? OO.EE. en 4 Tomos. Editorial Problemas. Buenos Aires.
- (1969a) Una gran iniciativa (El heroísmo de los obreros de retaguardia. A propósito de los “Sábados Comunistas”) OO.CC. 2ª Edición. Ed. Cartago . Buenos Aires. Tomo XXXI.
- (1969b) Las tareas inmediatas del poder soviético. OO.CC. 2ª Edición. Ed. Cartago . Buenos Aires. Tomo XXVIII.
- Marx, K (1975) Contribución a la crítica de la economía política. Ed. Estudio. Buenos Aires.
- (1968) Manuscritos de 1844 – Economía, política y filosofía – E. Arandu. Buenos Aires.
- (1955) OO.EE. en dos tomos. Manifiesto del Partido Comunista. Ed. Progreso. Moscú
- (1956) El Capital en tres tomos. Ed. Cartago. Buenos Aires.
- (1939) La ideología alemana en la compilación Dialéctica de la Naturaleza. Ed. Pavlov. México D.F.
- Prigogine I. (1993) ¿Tan solo una ilusión? Tutquets Editores. Barcelona. 3ª edición
- Sève, L. (1973) Marxismo y Teoría de la Personalidad. Editorial Amorrortu. Segunda edición. Buenos Aires
- Spirkin, A. (1965) El origen de la conciencia humana.. Ed. Platina – Silcograf. Buenos Aires
- Vigotski, L. (1998) La genialidad y otros textos inéditos. Editorial Almagesto. Buenos Aires